

---

## PUNTOS O LA LEY DE HEISENBERG

IDA VITALE

*No hay pena para quien no leyere.*  
Quevedo.

Dicen que un viaje es un cambio de horizontes. Puede ser. A mí me parece una afirmación del horizonte que llevamos dentro, aunque es indudable que algo se modifica. Por ejemplo, internados en ciertos libros, los cambiamos al azar por otros, que nos prestan ajenas bibliotecas o nos son regalados. Ciertos amores ciertos se reafirman porque un querido coincidente —más *aggiornato* que nosotros— nos pone en la mano una novedad: Fabienne Bradu un César Aira, cuya fecundidad me impide estar a su día, Álvaro Mutis un italiano flamante, autores varios sus libros que reclamarán tiempo de lectura.

El regreso también ofrece regalos: desde un rincón de la cocina nos saluda una avanzada brotación: la verdiblanca de una hermosa cebolla y la alabastriña y amatista de unos papines violetas, sin perentorio empleo, que esperaron en una canastita. Lamento carecer de la inocencia de Eunice Odio, que según dicen, ante unas cebollas brotadas en su refrigerador, creyó que la favorecía una manifestación divina. Sin embargo, no podré dejar de cuidar este involuntario huerto, mientras dure.

Me rondan dos octosílabos —en realidad creo que Huarte de San Juan no más se proponía prosa en su *Digresión sobre la sal*— aunque claros, casi insondables, diría: *sola la sal nació sola para el fin que fue criada*. Asombra esta intuición que aísla la sal de una creación general supuestamente dependiente; asombra esta virgen autonomía de la sal que ingresa así a las letras españolas tantos siglos antes de que la ciencia antepenúltima descubriera que sólo es posible registrar los omnipresentes neutrinos en lo más intrincado de las minas de sal, que son ya lo único puro del planeta. Y digo antepenúltima porque a los legos nos llega atrasada y filtrada y con imágenes de clonaciones ya crecidas.

Viaje y lecturas me llevan a San Brandán, que no sé

si leyó, pero al que sí se le atribuye un viaje prodigioso que a su vez navegó en latín y muy pronto no en español y sí en inglés medieval, francés, flamenco, italiano y otras lenguas. St Brendan (486-575), como es llamado en inglés, partió con sus hermanos de monasterio y fundó otros varios en su peregrinación. Esta, siglos después de su muerte, se supuso divinamente guiada: un encuentro con Judas Iscariote no pasa inadvertido. El lector podrá detenerse en los elementos históricos vinculados con los orígenes irlandeses, con las persecuciones vikingas (o *vikings*, para no inquietar a los manes de Borges), con la vida real y documentada de St Brendan. No ha faltado en nuestro siglo quien demostrara las posibilidades materiales de su viaje. A otros nos gana la frescura de su imaginación, llenos de encantamientos como los que rodean las leyendas celtas o las historias de Chrétien de Troyes: pájaros cuyo aleteo suena como campanas aguardan a los peregrinos en una isla y los guían y cantan y hablan; iglesias talladas en cristal, junto con sus altares y ornamentos; desembarcan en una isla que se mueve, es un ballena; otra no será tan tolerante y Dios proveerá un monstruo que la derrote cuando amenaza destruirlos. Junto a esto aparecen columnas sólidas que sostienen un dosel bajo el cual pasa la barca. Hoy es fácil ver un iceberg. Pero mucho menos conmovedor.

Pero libros y milagros no pueden ser las únicas referencias. Se vive, se circula por la calle, un autobús ofrece la otra realidad. Enfrente de mí una robusta matrona con el pelo casi rapado con el estilo antiparásitos de los asilos, vestida al azar, habla a solas y sus deditos toscos se mueven con empatía pero con cierta independencia y concluye por comunicar al paciente conductor el rumbo que la inquieta. A su lado, otra conocida viene más alegre y más orate que nunca. Es menuda, de edad indefinida, lleva abierto en las manos un libro cuyas hojas nunca se vuelven; de pronto dispone una de sus piernas (medias finas, tacos altos) sobre el asiento como en preparación para la pose de loto, pero cruza la otra libre por encima. Parte del pasaje con vista al panorama que surge

es ciega o mujer libre de esas tentaciones o pertenece al tipo orate casto o es un protestante en buenas relaciones con el cielo que no quiere perderlas y cierra las puertas al pecado, sus ojos fijos en otra parte. Ella también, inimputable. Pese a la primavera reinante, asciende un viejo conocido. Lo singulariza un vestuario complicadísimo, inspirado en Daniel Boon, pero éste no hubiera llegado muy lejos con él. Usa siempre un traje de paño café oscuro y un sombrero de fieltro al tono. *Todo* está recubierto de colas de piel, ramas secas entrelazadas, cuerdas y elementos metálicos que podrían servir —que sé yo que no he estado en Walden ni en Ontario— para sujetarse de rocas o despojar nutrias. No huele. Lo más ruidoso es un altísimo bastón. Nadie lo percibe como un arma posible, de las que no se autorizan en el vehículo. Realmente es absurdo viajar con un libro. Se puede reflexionar, en cambio, sobre qué produce tan sabrosa concentración de demencia.

Cuánta verdad en lo que formula así nuestro querido amigo Jorge Villegas: *Cuando ya teníamos respuestas a la vida nos cambiaron las preguntas*. Ojalá él siga encontrando respuestas nuevas y por mucho tiempo.

Tahar ben Yelloun (o el escritor-personaje de *Les yeux baissés*) cuenta haber sido abordado por dos emigrados árabes, que, aunque agradecidos a como los trataba Suecia —donde esto ocurría— extrañaban su tierra y su sol, su viento, su polvo, los perfumes de su cocina, su lengua hablada con un acento especial. Para soportarlo escribían, cada uno en su cuaderno, y andaban por las calles de Goteborg, siempre con él, con su pasado, su historia, su llaga incomprendible para los demás, a cuestas. Quien acompañe a Auster en su idea: *Earth is the only exile* o se sienta siempre exiliado de otro lugar, comprenderá, se comprenderá.

Quisiera despedir aquí a un noble amigo español, don Juan López-Morillas, comparatista, profesor emérito de la Universidad de Austin, entre otros títulos. Más allá de este marco, los lectores lo conocerán sin duda por sus traducciones del ruso. Jubilado, en vez de retirarse, como tantos por estas universidades, de toda labor intelectual, se dedicó más intensamente aún a ofrecer sus impecables versiones de Chejov, de Turgueniev y sobre todo de Dostoievsky, en alianza Editorial: *El eterno marido*, *Apuntes del subsuelo*, *El jugador*, *Los demonios*, *Noches blancas*, *El pequeño héroe*. Un episodio vergonzoso, *Crimen y castigo*, *Los hermanos Karamazov*, etc., los títulos se sucedieron cubriendo miles de páginas que podían, además, estar sometidas a correcciones o a nuevas versiones. Hará un mes nos había regalado *El idiota*.

A media lectura nos llegó la noticia de su muerte. Sé que no terminaré ese libro sin conmoverme muchas veces con el recuerdo de su gentil cortesía, y sin tratar de reconocer su voz detrás del fluido decir con que hizo hablar al príncipe Myshkin y a tantos personajes que por él han cobrado nueva vida en nuestra lengua.

Tiempo atrás, a un encuentro por demás falto de equilibrio que los primeros bríos democráticos recordados materializaron en Montevideo, concurrió un señor Rocha, escritor nicaragüense. Dio honrada prueba de su estilo al dejar caer sobre la beatitud del público solidario y quizás en baba un epitafio referido no sé a quién pero para el que todo humano puede estar sin duda preparado: *Murió hasta las últimas consecuencias*.

¿Cuándo aprenderemos, a la hora de las oposiciones estéticas, que el tiempo, si hay valores legítimos, los acerca y, ecléctico, coloca en un mismo plano de respeto a los que fueron polos enemigos? Klimt-Kokoschka, Góngora-Lope de Vega, Debussy-Satie, etc., etc., etc. *La horrible inoculación recíproca de naturalezas incompatibles*, de que hablaba de Quincey, es un sufrimiento privado y aunque se manifiesta en público, éste o el mundo —modo más noble de decir— suele desentenderse de tanto contumelioso empeño y decreta tablas.

¿Por qué en la literatura inglesa y en la norteamericana, los niños siempre corren saltando vallas?

Todos conocemos a olibrios y fantasmones candidatos a ser lo contrario de la nada. *Esta nomine est, et re non est*. Ellos son algo, pero no tienen nombre.

El cine nos ha ofrecido imágenes, primero en desoladores noticiarios, después como arte, más o menos logrado, de las multitudes que dejaron París al producirse la ocupación nazi. No se me borran dos de tantos y tantos acercamientos: el comienzo de *Juegos prohibidos* y el relato de una familia, remotamente emparentada con la mía, cuyos cuatro miembros, madre y padre, hijo e hija fueron dispersados por un bombardeo y se reencontraron en Lisboa, en el barco que los devolvió temporalmente al Uruguay, habiendo llorado cada uno a los otros como muertos. Este final casi increíble se impuso sobre las previas y previsibles penurias, borradas para quienes escuchábamos el relato. Ahora Michèle Ramond, autora de varias novelas y de un estudio sobre García Lorca, rescata el tema en *L'occupation*. A través de los cuadernos de su padre, en que narra en un periodo posterior la huida con la madre de una Michèle aún no

existente, hacia el sur, por caminos de Francia sabiamente determinados por la posesión de unos mapas del Estado Mayor que le permiten eludir las rutas de mayor peligro. Pero lo notable es el metabolismo que medio siglo después singulariza esta historia, convirtiéndola en un libro difícil de confundir. Como fábula, lo define Ramond. Como fábula, donde una vez más las distintas formas del mal se imantan, donde la realidad cambia sus perfiles sin perder su densidad de horror, donde el lenguaje se sale de sus

cauces para acompañar el desborde de la desesperación, sin que la desesperación aparezca como tal. Todo se entiende y sin embargo flotamos en una franja en la que los rigurosos metales de la lengua han debido doblarse, en una franja en que los tiempos tienen una total elasticidad, en que los cuerpos sobreviven librados al azar y junto a un mundo natural, pese a todo solidario. He llegado tarde a *L'occupation*, editado en 1991 por *desfemmes*. Pero por suerte es intemporal. ◀

### CIELOS DE GENSEI

*Leyendo estos poemas chinos del monje japonés Gensei (1623-1688) en la traducción de Burton Watson (Grass Hill, Columbia University Press, 1983) no pude sino evocar los del librito con nubes que Adolfo Castañón publicó hace poco en Guatemala: Cielos de Antigua. Aunque reproducen los paralelismos y el esquema de rimas de las formas chinas, mis versiones son más concisas que las de Watson y quizá se aparten en exceso de los originales. Pero así son las nubes y vayan éstas como un saludo.*

A.A.

### FLORES DE CEREZO

En la boca del valle, duraznos florecidos;  
gorjean en las ramas pájaros amarillos.  
Los capullos no hablan y sin embargo cantan;  
los pájaros recitan poemas sin palabras.  
En el valle tranquilo, inmensos cielo y tierra,  
qué lentamente pasa el día de primavera.  
Mientras mis ojos miran se disipan las nubes  
pero el agua incansable no se detiene y fluye.  
Echan sombra las flores al ocaso encendido.  
Me detengo al partir a la orilla del río.

### NUBES

Abriéndose como altos pabellones, flotando como cintas,  
formas cambiantes en mitad del cielo, sin un rastro de polvo,  
rumbo al sur, desde el norte, desplegándose siempre en ningún sitio,  
diez mil millas del cielo y de la tierra son todo el vecindario.

### EL VIEJO DEL AZUL

Qué lata, el viejo del azul: clarea  
y se nubla, para que parpadeemos.  
Pues que mueva la mano cuanto quiera:  
nunca podrá atrapar mi pensamiento.